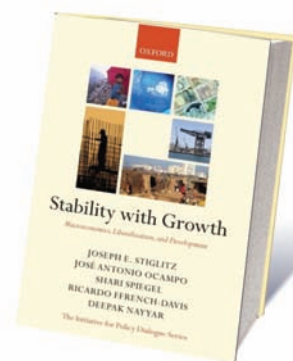


Joseph E. Stiglitz, José Antonio Ocampo, Shari Spiegel, Ricardo Ffrench-Davis y Deepak Nayyar

Stability with Growth. Macroeconomics, Liberalization and Development

Oxford University Press, RU (2006), 339 págs.



Rogelio Madrueño Aguilar
Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI)

De acuerdo con Robert Lucas, una vez que se comienza a pensar en cuestiones relativas al crecimiento económico y su vinculación con el bienestar humano es difícil pensar en otra cosa. Este hecho tiene tanto calado en la labor diaria de los economistas que el debate se mantiene abierto. Lo cierto es que la Ciencia Económica nace basada en esta inquietud. Adam Smith basó los principios de la teoría económica preguntándose acerca de la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones, por lo que parafraseando a Lance Taylor (1990), «la economía del desarrollo comenzó siendo macro». A partir de entonces, los economistas, desde diferentes escuelas de pensamiento económico, se han preocupado de alguna u otra manera por este tema.

De esta forma, se sabe que, en una visión de largo plazo, una manera de aumentar la producción –y, por ende, el bienestar económico– es mejorando la capacidad productiva de la economía, ya sea elevando el *stock* de capital por medio de un mayor ahorro nacional –privado o público– o mejorando la eficiencia del trabajo, sea a través de la educación o el progreso tecnológico. Sin embargo, no existe un consenso sobre cuál es la mejor manera de conseguirlo. Dicha visión, denostada muchas veces de demasiado simplista, deja parcialmente de lado los cambios cualitativos del desarrollo, que implican una transformación estructural de la economía, no sólo centrada en mejoras en el ingreso de la sociedad.

Los hechos «recientes» de la evidencia empírica del crecimiento económico (Romer, 1989, Jones, 2002) muestran que, a diferencia del primero de los hechos estilizados de Kaldor (1961), la tasa de crecimiento no es necesariamente constante a lo largo del tiempo, lo que permite que haya una movilidad en la distribución de la renta *per capita* global, favoreciendo el salto a un nivel de ingreso más alto de los países de rentas bajas, pero también procesos a la inversa. Esto demuestra la no existencia de un equilibrio estable en todas las

economías a lo largo del tiempo, lo cual reafirma el trabajo de economistas que centraron su trabajo en plantear «la teoría del crecimiento desequilibrado», que da pie al análisis de equilibrios múltiples en las economías (véanse Myrdal, 1957; Lewis, 1954; Kalecki, 1976).

El valor de tal afirmación es muy relevante, ya que resalta el peso de las políticas nacionales y su influencia en el crecimiento económico de largo plazo, que a su vez está determinado por el desempeño de la demanda agregada, como elemento básico de la producción en el corto plazo. Es por ello que las políticas que intervienen en su comportamiento –principalmente, la monetaria y la fiscal– son analizadas y vigiladas muy de cerca por parte de los responsables de política económica, dado su efecto en la tasa de desempleo y en la inflación en el corto plazo.

Este tema fundamental es la piedra angular del análisis de los autores de este libro. En este marco, sin embargo, no hay consenso, ya que existe la creencia entre algunos economistas de que las fluctuaciones económicas pueden ser contrarrestadas por medio de la utilización de las políticas fiscal y monetaria, logrando así estabilizar la economía, lo que implica que la producción y empleo no se alejen de sus tasas naturales. La ambigüedad en este aspecto hace que se observe una amplia base de desacuerdo.

Otros dos aspectos en donde difieren las diferentes escuelas de pensamiento económico son en el tratamiento de la inflación y del déficit público en las economías. Para «la teoría ortodoxa» implica un sacrificio, reflejado en un período de menor producción y de alto desempleo. Por su parte, el «enfoque de expectativas racionales» señala que si la política es creíble, no debería afectar la dinámica de crecimiento. Un resultado similar es planteado en la modelización de los ciclos económicos reales. En cuanto al déficit público, existen también diferentes debates, aunque en la práctica de las economías en desarrollo perdura la posición de la teoría convencional, que se muestra pesimista respecto a su implementación dado que disminuye el ahorro, la inversión y el *stock* de capital, además de que el peso de la deuda contiene un efecto intertemporal, al afectar el comportamiento de generaciones futuras.

Como hemos visto, hay un amplio debate dado las diversas posiciones al respecto. Sin embargo, la teoría económica todavía tiene mucho que decir sobre el comportamiento y los mecanismos de ajuste en los países en desarrollo. Como hemos señalado, muchas de las teorías tienen una base de modelización altamente simplificada, donde se dejan de lado aspectos inherentes a las economías subdesarrolladas. En este sentido, el efecto de *shocks*, contracciones y recesiones económicas hacen que no necesariamente la economía recupere rápidamente su tasa de crecimiento, llevándola a su equilibrio previo y condicionando su estabilidad en el largo plazo, tal como plantea la escuela ortodoxa. La existencia de problemas en estos países en materia tecnológica, concentración industrial, desequilibrios sectoriales y distribución de la riqueza, hacen que el cambio estructural –que es, en definitiva, lo que impulsa la mejora en la capacidad productiva– se dificulte y, por lo tanto, que la aplicación de las políticas fiscal y monetaria convencionales para estabilizar la economía pueda provocar un efecto contraccionista en la economía.

Este hecho conforma un debate intenso en los últimos años, principalmente en los países en desarrollo, que vincula la preocupación sobre la aplicación de políticas macroeconómicas de estabilización económica con su efecto sobre el crecimiento y el desarrollo

económico. La entrada de políticas denominadas «neoliberales» en la década de los ochenta a nivel internacional –al amparo del conjunto de directrices provenientes del Consenso de Washington– establecía, entre otros aspectos, una mayor disciplina fiscal y de gasto público, promoviendo la liberación financiera y comercial, privilegiando la privatización y la desregulación económica. En este esfuerzo se involucraron un conjunto amplio de países en desarrollo que vieron en ello el establecimiento de un cambio estructural en su economía. Paradójicamente, esa mayor liberalización de los flujos comerciales y financieros internacionales, en muchos de los casos culminó en fuertes procesos de crisis económicas y financieras así como de inestabilidad internacional.

En este contexto, los autores analizan estas diferencias, enfatizando que las políticas macroeconómicas deben someterse, dado su origen, como hemos argumentado anteriormente, a un conjunto más amplio de objetivos, principalmente el crecimiento, el desarrollo y la distribución. Lo que implica no confundir medios –utilización de instrumentos de política– con objetivos –bienestar social–. Con esa base, se resalta la necesidad de implementar un mayor número de instrumentos de política macro, entre los que destacan intervenciones microeconómicas como son las políticas regulatorias y las diferentes estructuras impositivas.

En este desarrollo, el libro se divide en tres partes. En la primera se introducen cuestiones clave como la no existencia de una política económica universal, dada las diferentes repercusiones de las mismas en los diferentes grupos de la sociedad, y los riesgos asociados a cada uno de ellos, situación que los lleva a arribar a la conclusión preliminar, que sostendrán a lo largo del texto, que señala que en una democracia la política macroeconómica no debe descansar en la gestión de los tecnócratas –lo que no implica que dejen de participar–, sino que, dada la naturaleza intrínsecamente política de la economía, los costes de oportunidad de las decisiones económicas deben de ser tomadas dentro del proceso político.

La segunda parte del libro se adentra en examinar tópicos centrales de la macroeconomía, presentando un análisis comparativo de los modelos y las políticas de estabilización desde los puntos de vista ortodoxo, keynesiano y heterodoxo. Para ello, parten de considerar la política monetaria y fiscal, tanto en una economía cerrada como en una abierta, ampliándolo hacia la gestión del tipo de cambio y las herramientas de gestión micro y macro. Finalmente, encontramos una tercera sección donde analizan la liberalización del mercado de capitales y sus efectos y fallos.

La peculiaridad de este estudio es que se centra en las políticas de estabilización y liberalización de los países en desarrollo. Al destacar la conexión entre inestabilidad real y crecimiento se puntualizan los efectos negativos de la destrucción de capacidades netas de las empresas y los bancos, aunado a la reducción en el deseo a la inversión económica por parte de éstos, que impone grandes costes al flujo circular de la economía. Es así como la gestión de los múltiples objetivos de los gobiernos se convierte en una cuestión central, más aún en escenarios de alta inestabilidad como los que se han vivido en los últimos años a nivel mundial.

Desafortunadamente, muchos de los esfuerzos por parte de los gestores de las políticas económicas se han centrado en estabilizar la economía, poniendo énfasis en los precios –precios internos y tipo de cambio– como condición *sine qua non* para lograr un creci-

miento económico fuerte y sano, al incrementar la confianza de los agentes económicos. Sin embargo, al dejar de lado los efectos perversos que provoca un determinado recorte presupuestario sobre las necesidades sociales y económicas de los países en desarrollo, no se consideran los efectos que en el mediano y largo plazo se tienen sobre la economía. Las experiencias en el Este Asiático y en Argentina son ejemplos de este proceso.

A este respecto, los riesgos de la política de estabilización pueden exacerbar los costes que le impone a la economía un determinado *shock* externo, hecho principalmente observable en la incapacidad de los gobiernos para implementar políticas contracíclicas en épocas de recesión. En este sentido, la historia llega a ser muy diferente en los países en desarrollo, a diferencia de las políticas que pueden implementar los países desarrollados.

Por todo lo anterior, este libro no sólo es interesante porque intenta poner en la mesa de debate elementos de discusión sugerentes y provocadores; es además destacable y recomendable porque forma parte de un conjunto más amplio de estudios coordinados por Stiglitz dentro del marco de la Iniciativa para el Diálogo Político de la Universidad de Columbia –entre los que se encuentran «Fair Trade for all» y «Economic Development and Environmental Sustainability»–, que pretenden facilitar y estimular una mejor y mayor discusión sobre la temática del desarrollo, esfuerzo que a todas luces es encomiable.

Referencias

- JONES, I. Charles (2000), *Introducción al crecimiento económico*, Prentice Hall, México.
- LARRAÍN, Felipe (2005), Flotar o dolarizar, ¿Qué nos dice la evidencia?, *El Trimestre Económico*. México, enero-marzo. n.º 285. págs. 5-78.
- TAYLOR, Lance (1990), Macroeconomía del desarrollo, *Investigación Económica*, México, n.º 191, enero-marzo, págs. 67-156.